

hizo acompañar por el duque de Monfrigneuse. Después de un momento de reflexión, la señora de Espard, estrechó la mano á la princesa con aire de inteligencia y le dijo:

—La comprendo á usted. Haciendo aceptar á Arthez todas las dificultades del primer golpe, no tendrá usted que vencerlas más tarde.

La condesa de Montcornet fué acompañada de Blondet y Rastignac llevó á Arthez. La princesa no hizo al hombre célebre ninguno de esos cumplidos con que le agobiaban las gentes vulgares; pero sí usó una finura llena de gracia y de respeto, que parecía ser el último término de sus concesiones. Sin duda obraba así con el rey de Francia y con los príncipes; de primera impresión parecía feliz, satisfecha, de ver á aquel gran hombre y de haberle buscado. Las personas de gusto como la princesa se distinguían sobre todo por su manera de escuchar y por una afabilidad franca que es á la cortesía lo que la práctica es á la virtud. Cuando el hombre célebre hablaba, tomaba una postura atenta, mil veces más halagüena que los cumplidos más rebuscados. Aquella presentación mutua fué hecha sin énfasis por la marquesa. En la comida, Arthez fué colocado al lado de la princesa, la cual lejos de imitar las exageraciones de dieta que se permiten los melindrosos, comió con muy buen apetito y se afanó por mostrarse mujer natural. Entre un servicio y otro aprovechó un momento en que la conversación general se animaba, para decirle aparte á Arthez:

—Caballero, el secreto del placer que me he procurado encontrándome á su lado estriba en el deseo de saber algo de un desgraciado amigo de usted, muerto por una causa distinta de la nuestra y al que debo grandes favores sin haber podido nunca recompensárselos. El príncipe de Cadiñán participa de mi pena. He sabido que era usted uno de los mejores amigos de aquel pobre muchacho. Su mutua amistad pura é inalterable era para mí una gran recomendación. No extrañará usted, pues, que yo haya querido saber todo lo que usted pueda decirme acerca de ese ser que le era tan querido. Si soy adicta á la familia desterrada y profeso ideas monárquicas, no soy en cambio del número de los que creen que es imposible á la vez ser republicano y noble de corazón. La monarquía y la república son las dos formas de gobierno que no se oponen á la belleza de sentimientos.

—Señora, Miguel Chrestien era un ángel—respondió

Daniel con voz conmovida. — Yo no conozco ningún héroe de la antigüedad que le haya superado. No crea usted acaso que fuese uno de esos republicanos de ideas estrechas que quisieran ver reanudada la Convencion y los errores del comité de salvación pública; no, Miguel soñaba con la federación suiza aplicada á toda Europa. Confesémoslo entre nosotros: después del magnífico gobierno de uno sólo, que yo creo que es el que conviene más particularmente á nuestro país, el sistema de Miguel es la supresión de la guerra en el antiguo continente y la renovación de la sociedad sobre bases distintas de las de la conquista que la había feudalizado antaño. Los republicanos eran los políticos más próximos á su idea, y por eso en julio les prestó su ayuda en Saint-Merri. Aunque participábamos de opiniones diametralmente opuestas, hemos sido siempre excelentes amigos.

—Ese es el mejor elogio que puede hacerse de sus dos caracteres—dijo tímidamente la señora de Cadiñán.

—En los cuatro últimos años de su vida—repuso Daniel— á mí fué el único á quien reveló su amor por usted, y este secreto estrechó más los lazos de nuestra amistad fraternal. Señora, él sólo la había amado á usted como usted debiera serlo. ¡Cuántas veces no he soportado la lluvia acompañando el coche de usted hasta su casa y luchando en velocidad con los caballos á fin de poder verla y admirarla!

—Caballero—dijo la princesa,—me voy á creer obligada á indemnizarle...

—¿Por qué no está aquí Miguel?—respondió Daniel con acento de melancolía.

—Tal vez no me hubiera amado mucho tiempo—dijo la princesa moviendo la cabeza tristemente.—Los republicanos son aún más absolutos en sus ideas que nosotros los absolutistas, que pecamos de indulgentes; él acaso me hubiese creído perfecta y hubiese sufrido un desengaño. Nosotras las mujeres, nos vemos perseguidas por tantas calumnias como usted en la vida literaria, y no podemos defendernos ni con la gloria ni con nuestras obras. No nos creen lo que somos, sino lo que nos hacen ser. Muy pronto le hubieran ocultado mi desconocido modo de ser, bajo el falso retrato de la mujer imaginaria, que es el verdadero para el mundo. Me hubiera creído indigna de los sentimientos nobles que le había inspirado, é incapaz de comprenderle.

Al llegar aquí, la princesa movió la cabeza agitando sus

hermosos rizos, expresando de este modo un número indecible de desoladoras dudas y de escondidos disgustos. Daniel lo comprendió todo y miró á la princesa con viva emoción.

—Sin embargo, el día en que volví á verle, mucho tiempo después de la revolución de julio, estuve á punto de sucumbir al deseo que tenía de tomarle la mano, de estrechársela ante todo el mundo bajo el peristilo del techo Italiano, y de darle mi ramillete de flores; pero pensé que este testimonio de agradecimiento sería mal interpretado, como tantas otras cosas nobles que pasan por locuras de la señora de Maurigneuse, pues nunca me conocerá nadie más que Dios y mi hijo.

Estas palabras, deslizadas al oído de su interlocutor de manera que no fuesen notadas y con un acento digno de la actriz más hábil, debían llegar y llegaron al corazón de Arthez. No se trataba del escritor célebre, sino que aquella mujer intentaba rehabilitarse para un muerto, había podido ser calumniada, deseaba saber si había sido empañada por alguna mancha á los ojos del que la amaba y si había muerto con todas sus ilusiones.

—Miguel era uno de esos hombres que aman de una manera absoluta, y que si escogen mal sufren las consecuencias renunciando nunca á la que han elegido.

—¿De modo que era yo amada de esa manera?—exclamó la princesa con aire de exaltada beatitud.

—Sí, señora.

—¿Y he sido su felicidad?

—Durante cuatro años.

—Una mujer no sabe nunca una cosa semejante sin sentir una orgullosa satisfacción—dijo la princesa volviendo su cara hacia de Arthez mediante un movimiento lleno de púdica confusión.

Una de las más sabias maniobras de estas cómicas estriba en reprimir los modales cuando las palabras son demasiado expresivas, y en hacer hablar á los ojos cuando la frase es reticente. Estas hábiles disonancias, complicadas con su amor falso ó verdadero, producen invencibles seducciones.

—¿No es cumplir la misión que le está á una encomendada el hecho de haber procurado la felicidad á un gran hombre sin haber incurrido en falta alguna?—repuso bajando la voz después de haberse asegurado de que había producido efecto.

—¿No se lo escribí á usted?

—Sí; pero quería estar bien segura de ello, porque, créame usted, caballero, colocándome tan alta no se ha engañado.

Las mujeres saben dar á sus palabras una santidad particular, comunicándoles un no sé qué de vibrante que amplía el sentido de las ideas y les comunica profundidad; si su auditor, encantado, no se da cuenta después de lo que le ha dicho, el objeto ha sido logrado, lo cual constituye precisamente el fin de la elocuencia. Si la princesa llevase en aquel momento la diadema de Francia, su frente no hubiera sido más imponente que bajo la hermosa diadema de sus cabellos adornados de lindas margaritas. Aquella mujer parecía caminar sobre las olas de la calumnia, como el Salvador sobre las olas del lago Tiberiades, envuelta en el sudario de aquel amor como un ángel en sus nimbos. No había nada que denotase la necesidad de ser de aquel modo, ni el deseo de parecer grande ó cariñosa. Aquello pareció sencillo y natural. Un hombre vivo no hubiera podido hacer nunca á la princesa los favores que ella obtenía de aquel muerto. Arthez, trabajador, solitario, ajeno á las farsas del mundo, fué engañado por aquel acento y por aquellas palabras. Se sintió encantado por aquellos exquisitos modales, admiró aquella belleza perfecta madurada por la desgracia, y adoró el raro consorcio de un talento tan fino y de un alma tan hermosa. En fin, que deseó recoger la herencia de Miguel Chrestien. Como la mayor parte de los pensadores profundos, el principio de aquella pasión fué una idea. Viendo á la princesa y estudiando la forma de su cabello, la disposición de sus facciones, su talle, su pie y sus manos finamente modeladas de más cerca que cuando acompañaba á su amigo en sus locas correrías, notó el sorprendente fenómeno de la segunda vista moral que nota en sí mismo el hombre exaltado por el amor. ¿Con qué lucidez no había leído Miguel Chrestien en aquel corazón y en aquella alma iluminada por los ardores del amor? El federalista había sido, pues, adivinado, y acaso él podría también ser feliz. De esta suerte, la princesa se apareció á los ojos de Arthez llena de encanto y rodeada de una aureola de poesía. Durante la comida, el escritor recordó las desesperadas confidencias del republicano y sus esperanzas cuando se había creído amado; los hermosos poemas que dicta un sentimiento verdadero habían sido cantados por él

solo con motivo de aquella mujer. Sin saberlo, Daniel iba á aprovecharse de estas preparaciones debidas á la casualidad. Es raro que un hombre pase sin sentimiento del estado de confidente al estado de rival, y Arthez lo podía hacer entonces sin cometer falta alguna. En un momento notó las enormes diferencias que existen entre las mujeres distinguidas y las mujeres vulgares, y entonces se sintió tocado en los lugares más accesibles y más tiernos de su alma y de su genio. Llevado de su sencillez y de la impetuosidad de sus ideas á apoderarse de aquella mujer, se encontró retenido por el mundo y por la barrera que las maneras y la majestad de la princesa levantaban entre ella y él. Para aquel hombre, acostumbrado á no respetar á la que amaba, tuvo aquello un no sé qué de irritante, un incentivo tanto más poderoso, cuanto que se vió obligado á devorar los deseos que inspiraba. La conversación, que versó acerca de Miguel Chrestien hasta los postres, sirvió de admirable pretexto lo mismo á Daniel que á la princesa para hablar bajo; amor, simpatía, divinización; ella afanosa por presentarse como mujer desconocida y calumniada; él ansioso de sustituir al republicano muerto. Aquel hombre ingenuo debió sorprenderse al notar que sentía menos á su amigo. En el momento en que las maravillas de los postres relucieron sobre la mesa al resplandor de los candelabros y á la sombra de los ramos de flores naturales que se interponían entre los convidados cual pintoresco seto, la princesa se complació en prolongar aquella serie de confianzas mediante una frase deliciosa acompañada de una de esas miradas por medio de las cuales las rubias parecen morenas y que expresaba la idea de que Daniel y Miguel eran dos almas gemelas. Después de esto, Arthez se mezcló en la conversación general denotando una alegría infantil y una fatuidad digna de un escolar. Con la mayor sencillez, la marquesa tomó el brazo de Arthez para ir al saloncito de la marquesa. Cuando atravesaban el salón, retuvo un poco el paso, y cuando estuvo separada de la marquesa, que daba el brazo á Blondet, por una distancia bastante considerable, detuvo á Arthez y le dijo:

—No quiero ser inaccesible para el amigo de aquel pobre republicano, y aunque me haya impuesto el deber de no recibir á nadie, usted solo en el mundo podrá entrar en mi casa. No vaya á creer acaso que esto sea un favor. El favor sólo existe tratándose de extraños, y á mí me parece que

nosotros somos amigos antiguos. Quiero ver en usted al hermano de Miguel.

Arthez no supo que responder y se contentó con oprimir el brazo á la princesa. Cuando el café estuvo servido, Diana de Cadiñán, haciendo un movimiento lleno de coquetería, se envolvió en un gran chal y se levantó. Blondet y Rastignac eran hombres demasiado acostumbrados á la alta sociedad para hacer la menor exclamación plebeya ni querer retener á la princesa; pero la señora de Espard obligó á su amiga á sentarse de nuevo, tomándola por la mano y diciéndole al oído:

—Espere usted á que los criados hayan comido, porque aun no está el coche preparado.

Después hizo una seña al ayuda de cámara para que se llevase el servicio de café. La señora de Montcornet comprendió que la princesa y la señora de Espard tenían algo que decirse y se llevó consigo á un rincón á Arthez, á Rastignac y á Blondet.

—Bueno, ¿qué le ha parecido á usted?—dijo la marquesa á Diana.

—Es un muchacho adorable que está aún en mantillas. A decir verdad, creo que esta vez habrá, como siempre, triunfo sin lucha.

—Es desesperante — dijo la señora de Espard, — pero queda un recurso.

—¿Cuál?

—Déjeme usted que sea su rival.

—Como usted quiera—respondió la princesa.—Ya he tomado una resolución. El genio es una manera de ser del cerebro, y no sé lo que puede ganar con él el corazón. Más tarde hablaremos de esto.

Al oír esta última frase, que fué impenetrable, la señora de Espard se mezcló en la conversación general sin sentirse herida del «como usted quiera», ni curiosa por saber en qué acabaría aquella entrevista. La princesa permaneció cerca de una hora sentada en un sofá próximo al fuego, en actitud negligente é indolente, escuchando con la atención de una persona preocupada y mirando á intervalos á Daniel para hacerle ver una admiración que no se salía de los justos límites. Tan pronto como el coche estuvo dispuesto, se marchó, después de cambiar un apretón de manos con la marquesa y de hacerle una inclinación de cabeza á la señora de Montcornet.

La velada acabó sin que se hablase de la princesa. Se aprovechó la especie de exaltación que dominaba á Arthez, el cual desplegó los tesoros del ingenio. A decir verdad, como agudeza de ingenio y alcance de inteligencia, Rastignac y Blondet eran dos acólitos de primera fuerza, y respecto á las dos mujeres, sabido es que hace ya tiempo que son consideradas como las más ingeniosas de la elevada sociedad. Aquello fué, pues, una especie de parada en un oasis, una dicha rara y bien apreciada por aquellas personas, víctimas generalmente de la vulgaridad del mundo. Hay seres que tienen el privilegio de estar entre los hombres como astros bienhechores cuya luz ilumina los espíritus y cuyos rayos caldean los corazones. Arthez era una de esas almas hermosas. Un escritor que se eleva á la altura en que él está se acostumbra á pensarlo todo y olvida á veces que es preciso no decirlo todo; le es imposible tener la prudencia de las gentes que frecuentan continuamente la sociedad; pero como sus salidas llevan casi siempre el sello del genio y de la originalidad, no disgustan á nadie. Este sabor tan raro en los talentos, esa juventud llena de sencillez que tan original hacía á Arthez, convirtieron aquella velada en una cosa deliciosa. El literato salió con el señor de Rastignac, y, como es natural, mientras éste le acompañaba á su casa, le preguntó lo que le había parecido la princesa.

—Miguel tenía razón en amarla, porque es una mujer extraordinaria — respondió Arthez.

—Sí, muy extraordinaria — replicó burlescamente Rastignac. — Por su acento veo que la ama usted ya y que irá á su casa antes de tres días, y, por otra parte, conozco de sobra á la sociedad parisiense para no saber lo que va á pasar entre ustedes. Ahora bien, mi querido Daniel, yo le suplico que no permita ninguna confusión de intereses. Ame á la princesa si es que está usted enamorado, pero piense en su fortuna propia. Nunca ha tomado ni exigido un céntimo á nadie, pues es demasiado Uxelles y demasiado Cadiñán para hacerlo; pero además de gastar su fortuna, yo sé de conocidos míos que disiparon algunos millones. ¿Cómo? ¿por qué medios? Nadie lo sabe, ni ella misma. Yo le vi tragarse hace trece años la fortuna de un muchacho muy guapo y la de un notario viejo en veinte meses.

—¡Hace trece años! — dijo Arthez. — Pues ¿qué edad tiene?

—¿No vió usted en la mesa al duque de Maufrigneuse, joven de diez y nueve años? — le respondió riéndose Rastignac. — Ahora bien, diez y nueve y diez y siete son...

—Treinta y seis — exclamó Arthez sorprendido. — Yo le echaba veinte años.

—Ella los aceptaría — dijo Rastignac; — pero no tema, nunca tendrá más de veinte años para usted. Va usted á penetrar en el mundo más fantástico. Ya está usted en su casa, buenas noches. Nos veremos esta semana en casa de la señorita de Touches — dijo el barón al ver que su coche llegaba á la calle de Bellefont, donde vivía Arthez en una casita propia.

Arthez dejó que el amor penetrase en su corazón sin hacer la menor resistencia. Empezó adorando y admirando. La princesa, aquella hermosa criatura que era una de las creaciones notables de ese monstruoso París, donde todo es posible lo mismo en bien que en mal, se convirtió en el ángel soñado. Para comprender bien la rápida transformación de este ilustre autor, sería preciso tener la gran inocencia que comunican al corazón la soledad y el trabajo constante y los grandes deseos y caprichos que desarrolló el amor, cifrado en una mujer inoble. Arthez era indudablemente el niño, el colegial reconocido inmediatamente por el tacto de la princesa. La hermosa Diana había tenido una gran penetración y estaba segura de haber encontrado al hombre superior que desean todas las mujeres, aunque sólo sea para engañarle. Al fin había hallado las grandezas de la inteligencia unidas á la sencillez del corazón. Arthez le parecía guapo, y tal vez lo era. Aunque llegaba ya á la edad grande del hombre, á los treinta y ocho años, conservaba un tinte de juventud, debido á la vida sobria y casta que había hecho; y como todos los entregados á trabajos intelectuales, conservaba una gordura razonable. De joven había tenido una vaga semejanza con el general Bonaparte, y esta semejanza continuaba aun dentro de lo que un hombre de ojos negros y de espesa y negra cabellera puede parecerse á un soberano de cabellos castaños y ojos azules. Los pensamientos que ocupaban su mente parecían salir al exterior, y las pronunciadas arrugas de su cara se habían llenado. El bienestar suele dulcificar los estragos de la miseria y de la lucha continua y aplastante. Si observáis con cuidado las hermosas caras de los filósofos antiguos,

veréis siempre en ellas las desviaciones del tipo perfecto de la cara humana á que debe cada fisonomía su originalidad, rectificadas por la costumbre de la meditación y la calma constante necesaria para los trabajos intelectuales. Las caras más descompuestas, como la de Sócrates, adquieren á la larga una serenidad casi divina. A la noble sencillez, que coronaba su cabeza imperial, Arthez unía una expresión sencilla, el candor de los niños y una benevolencia conmovedora. No tenía esa cortesía un tanto hipócrita con que las personas mejor educadas y más amables fingen cualidades que no tienen. Podía faltar á algunas leyes mundanas á causa de su aislamiento; pero como no chocaba nunca, aquel perfume de salvaje contribuía á hacer más apreciable su afabilidad.

Mientras se encaminaba á su casa, la princesa no discutió ya consigo misma, del mismo modo que Arthez no evitaba el encanto en que la había sumido. Para ella estaba ya todo decidido: amaba con su ciencia y con su ignorancia. Si se interrogó, fué para preguntarse si merecía tan gran suerte y lo que le había hecho al cielo para que le enviase semejante ángel. Quiso ser digna de aquel amor, perpetuarlo, apropiárselo para siempre y acabar dulcemente su vida de mujer bonita en el paraíso que entreveía. Respecto á la resistencia, á la coquetería, ni siquiera pensó en ellas. ¡Pensaba en cosas muy distintas! Había comprendido la grandeza de los genios y había adivinado que éstos no someten á la mujer elegida á las leyes ordinarias; así es que se había prometido ser débil al primer deseo. Por la apreciación que había hecho, en una sola entrevista, del carácter de Arthez, ella sospechaba que este deseo no sería expresado con tanta rapidez que no le dejase tiempo para hacerse lo que ella deseaba, lo que ella debía ser á los ojos de aquel amante sublime.

Aquí comienza una de esas comedias desconocidas, representadas en el fuero interno de la conciencia entre dos seres, de los que el uno será víctima del otro; uno de esos dramas negros y cómicos al lado de los cuales el drama de *Tartufo* es una sutileza, pero que no pertenecen al dominio escénico, y para que todo en ello sea extraordinario, son naturales, concebibles y justificados por la necesidad; un drama horrible, que sería preciso denominar el reverso del vicio. La princesa empezó por mandar á buscar las obras de Arthez,

que le eran completamente desconocidas, y las leyó todas, y después quiso comparar estos libros con los mejores de la literatura contemporánea. El día en que Arthez fué á verla, tenía una indigestión de cosas ingeniosas. Esperando esta visita, todos los días se había hecho un tocado de orden superior, uno de esos tocados que expresan una idea y la hacen aceptar sin que se sepa cómo ni por qué. La princesa ofrecía á las miradas una harmoniosa combinación de colores grises, una especie de semi duelo, una gracia llena de abandono, el ropaje de una mujer que sólo estaba unida á la vida por algunos lazos naturales y que se aburría. Daba muestras de un aburrimiento que no llegaba hasta el afán del suicidio, pero que sí parecía hacer ver que consideraba la tierra como un presidio. Recibió á Arthez como mujer que lo esperaba y cual si hubiese ido ya cien veces á su casa. Le hizo el honor de tratarle como antiguo conocido y le sacó de apuros con un solo gesto, señalándole una otomana para que se sentase mientras ella acababa una carta comenzada. La conversación se entabló de la manera más vulgar: el tiempo, el ministerio, la enfermedad de Marsay, las esperanzas de los legitimistas. Arthez era absolutista, y la princesa, que no podía ignorar las opiniones de un hombre que defendía en la cámara los derechos del partido legitimista, buscó medios de contarle cómo había engañado á Marsay, y después, mediante una transición que le procuró la abnegación del príncipe de Cadiñán por la familia real y por MADAME, llamó la atención de Arthez acerca del príncipe.

—Al menos tiene la buena cualidad de amar á sus amos y de serles adicto, y su carácter público me consuela de todos los sufrimientos que me ha causado su carácter privado, porque—repuso dejando de hablar hábilmente del príncipe—¿no ha notado, usted que lo sabe todo, que los hombres tienen dos caracteres? Tienen uno para su interior, para sus mujeres, para su vida secreta, y éste es el verdadero, en él no hay máscara ni disimulo, no se toman el trabajo de fingir, se presentan tal cual son y son á veces horribles; y luego, el mundo, los salones, la corte, el soberano, la política, los ven grandes, nobles, generosos y llenos de virtudes, de hermosas palabras y de exquisitas cualidades. ¡Qué horrible broma! ¡y se asombran á veces de la sonrisa de ciertas mujeres, de cierto aire de superioridad con sus maridos, de su indiferencia!

Y esto diciendo, dejó caer su mano sobre el brazo del sofá sin acabar la frase; pero este gesto completaba admirablemente su discurso. Cuando vió á Arthez ocupado en examinar su flexible talle, reanudó la ilación de sus pensamientos como si hablase consigo misma.

—No, continuó. Ustedes los escritores han acabado por ridiculizar grandemente á las mujeres que se creen desconocidas, que están mal casadas y que se forjan dramáticas e interesantes escenas, lo cual me parece cosa vulgarísima. Se somete una y se acabó todo, ó se resiste, y entonces viene la diversión. En los dos casos es preciso callar. Es verdad que yo no sé ni resistirme por completo ni someterme en absoluto; pero esto tal vez sea una razón más grave para guardar silencio. ¡Qué necias son las mujeres que se quejan! porque si no han sido más fuertes, han carecido de tacto, de ingenio y de astucia, y merecen su suerte. ¿No son ellas los remos de Francia? Sí, se burlan de ustedes como quieren, cuando quieren y tanto como quieren. Yo las he oído muchas veces lamentarse de ser mujeres y querer ser hombres, y las que tal cosa han dicho siempre me han dado lástima. Si á una le diesen á elegir, preferiría ser mujer. ¡Vaya un placer, deber los triunfos á la fuerza, á todos los poderes que les dan á ustedes las leyes hechas por ustedes mismos! Pero en cambio, cuando les vemos á nuestros pies diciendo y haciendo tonterías, ¿no se siente un verdadero placer viendo al débil que triunfa? Cuando vencemos debemos, pues, guardar silencio, so pena de perder nuestro imperio, y vencidas, tenemos que callarnos también por orgullo. El silencio del esclavo asusta al amo.

Esta charla fué hecha con voz tan dulcemente burlona, tan linda y con movimientos de cabeza tan llenos de coquetería, que Arthez, que desconocía por completo esta clase de mujeres, quedó encantado como queda el perro ante la perdiz.

—Señora, yo le ruego que me explique cómo un hombre ha podido hacerla sufrir, y abrigue la seguridad de que sabrá usted ser original en aquello que resultan vulgares las demás mujeres, pues tiene una manera de decir las cosas que llegaría á hacer interesante un libro de cocina.

—Pronto se toma usted confianzas—le dijo la princesa con tono grave que llenó de inquietud y seriedad á Arthez. La conversación cambió y las horas avanzaban. El pobre

hombre de genio se fué contrito por haber parecido curioso y haber herido á aquel corazón, y llegó sobre todo á persuadirse de que aquella mujer había sufrido atrocemente. La princesa había pasado la vida divirtiéndose, era un verdadero Don Juan hombre, con la única diferencia de que ella no hubiese invitado á cenar á la estatua, sino que lo que hubiese hecho era dar cuenta de la estatua.

Es imposible continuar este relato sin decir algo acerca del príncipe de Cadiñán, más conocido por el nombre de duque de Maufrigneuse, pues, de lo contrario, la sal de las invenciones milagrosas de la princesa desaparecería, y los extraños no comprenderían la espantosa comedia parisiense que iba á representar para un hombre.

El señor duque de Maufrigneuse, como verdadero hijo del príncipe de Cadiñán, es un hombre alto y seco, elegante, cariñoso y decididor, que llegó á coronel por la gracia de Dios y que fué buen militar por casualidad; por lo demás, es á todas horas y por cualquier motivo valiente como un polaco, y oculta el vacío de su cabeza bajo las apariencias de una palabra fácil. Desde la edad de treinta y seis años mostró por fuerza tan perfecta indiferencia por el bello sexo como el rey Carlos X, su amo, pues al igual que éste, sufrió el castigo de haber agradado demasiado durante su juventud. Idolo durante diez y ocho años del arrabal Saint-Germain, había hecho vida de disipación y de placer. Su padre, arruinado por la revolución, fué repuesto al advenimiento de los Borbones, gobernando un castillo y cobrando grandes sueldos; pero el anciano príncipe se comía esta fortuna haciendo vida de gran señor, de modo que cuando se dictó la ley de indemnización, las sumas que recibió fueron absorbidas por el lujo que desplegó en su antiguo palacio, único bien que recobró y cuya mayor parte había sido ocupado por su nuera. El príncipe de Cadiñán, murió algún tiempo antes de la revolución de julio, á la edad de ochenta y siete años; había arruinado á su mujer y estuvo medio indispuesto con el duque de Navarreins, que se había casado con su hija en segundas nupcias y al que rindió difícilmente cuentas. El duque de Maufrigneuse había tenido relaciones con la duquesa de Uxelles. Hacia el año 1814, en el momento en que el señor de Monfrigneuse frisaba en los treinta y seis años, la duquesa, viéndole pobre, pero bien relacionado con la corte, le dió su hija, que poseía unos cincuenta ó sesenta mil

francos de renta, sin contar lo que tenía que heredar de ella. De este modo la señorita de Uxelles pasaba á ser duquesa y su madre abrigaba la seguridad completa de que disfrutaría de la mayor libertad. Después de haber tenido la inesperada dicha de procurarse un heredero, el duque dejó á su mujer en completa libertad de acción y fué á divertirse de guarnición en guarnición pasando los inviernos en París, adquiriendo deudas que su padre seguía pagándole, profesando la más completa indulgencia conyugal y advirtiendo á la duquesa su vuelta á París con ocho días de anticipación. Adorado por su regimiento, amado por el Delfín, cortesano diestro, aunque un poco jugador, no tenía afecto á nadie, y nunca pudo persuadirle la duquesa de que se liase con alguna corista de la ópera por decoro y por consideración á ella. El duque, que seguía desempeñando el cargo de su padre, supo agradar á los dos reyes Luis XVIII y Carlos X, lo cual prueba que sacaba bastante buen partido de su nulidad; bien es verdad que su vida y su conducta estaban cubiertas del más hermoso barniz: lenguaje, modales, actitud, todo era perfecto. En fin, hasta los liberales le querían. Le fué imposible continuar la marcha de los Cadiñán, que tenían fama de arruinar á sus mujeres, y decimos que le fué imposible porque la duquesa se comió ella sola su fortuna. Estos detalles se hicieron tan públicos en la corte y en el arrabal de Saint-Germain, que durante los cinco últimos años de la restauración se hubiesen burlado del que hubiese hablado de ellos, cual si contase la muerte de Turena ó la de Enrique IV. Por todas estas razones no había mujer que no elogiara á aquel duque encantador, que había sido inmejorable con su mujer, tanto que era difícil que ningún hombre hubiese obrado mejor que obró Maufrigneuse con la duquesa dejándola en la libre disposición de su fortuna y defendiéndola, sosteniéndola en todas ocasiones. Fuese orgullo, bondad ó caballerosidad, es lo cierto que el señor de Maufrigneuse había salvado á la duquesa en muchas circunstancias en que cualquiera otra mujer hubiese perecido, á pesar de su posición y del crédito de la anciana duquesa de Uxelles, del duque de Navarreins, de su suegro y de la tía de su marido. Hoy el príncipe de Cadiñán pasa por uno de los más hermosos caracteres aristocráticos. Sin duda la fidelidad en los apuros es una de las victorias más hermosas que pueden alcanzar los cortesanos sobre sí mismos.

La duquesa de Uxelles, que tenía cuarenta y cinco años cuando casó á su hija con el duque de Maufrigneuse, presenciaba, pues, hacía tiempo, sin celos y hasta con interés, los éxitos de su antiguo amigo. En el momento del casamiento de su hija y del duque observó una conducta notable que evitó la inmoralidad de esta combinación. Sin embargo, la maldad de los cortesanos halló materia para burlas é hizo correr el rumor de que tan hermosa conducta no costaba gran sacrificio á la duquesa, la cual hacía unos cinco años que se entregaba á la devoción y al arrepentimiento propio de las mujeres que tienen muchas faltas que purgar.

Durante varios días la princesa se mostró cada vez más notable por sus conocimientos en literatura, y abordaba con excesivo atrevimiento las cuestiones más arduas gracias á lecturas diurnas y nocturnas proseguidas con una intrepidez digna de los mayores elogios. Arthez, estupefacto, incapaz de sospechar que Diana de Uxelles repitiese por la noche lo que había leído por la mañana, como hacen muchos escritores, la tenía por una mujer eminente. Estas conversaciones alejaban á Diana de su objeto, y aunque intentó volver á entrar en el terreno de las confidencias, del que su amante se había retirado prudentemente, no le fué fácil encaminar de nuevo á un hombre de aquel temple; sin embargo, después de un mes de campañas literarias y de hermosos discursos platónicos, Arthez se aventuró á ir todos los días á las tres para retirarse á las seis, y volver á las nueve para marcharse á las doce ó á la una de la noche, con la regularidad de un amante lleno de impaciencia. A la hora en que Arthez se presentaba, la princesa solía estar ya vestida con más ó menos cuidado. La mutua fidelidad, el cuidado que tenían de sí mismos, todo denotaba sentimientos que no se atrevían á confesarse, pues la princesa adivinaba perfectamente que aquel niño grande temía tanto un debate como ella lo deseaba. Entretanto, Arthez deslizaba en sus constantes y mudas declaraciones un respeto que agradaba infinito á la princesa. Ambos se sentían cada día tanto más unidos, cuanto que nada convenido había entre ellos, ni nada les detenía en la marcha de sus ideas, como cuando entre amantes existen por un lado peticiones formales y por el otro negativas más ó menos sinceras. Como todos los hombres más jóvenes de lo que deberían serlo por su edad, Arthez era presa de esas conmovedoras irresoluciones causadas por el poder de los deseos y por el temor de

desagradar, situación que pasa inadvertida para una joven que participa de ella, pero que la princesa había inspirado demasiadas veces para no saborear sus placeres. De esta suerte Diana gozaba de aquellas deliciosas puerilidades con tanto más encanto, cuanto que sabía como hacerlas cesar. Se parecía á un gran artista que se complaciese en la admiración de las indecisas líneas de un boceto después de estar seguro de acabar en una hora de inspiración la obra maestra que flotaba aun en los limbos de la generación. ¿Cuántas veces no se complació en detener á Arthez con aire imponente, al verle dispuesto á avanzar? La princesa escudriñaba los sordos tormentos de aquel secreto corazón, los excitaba y los apaciguaba con una mirada, ó dándole á besar su mano, ó con palabras insignificantes dichas con voz emocionada. Este manejo, convenido con frialdad, pero ejecutado divinamente grababa cada vez más su imagen en el alma de aquel ingenioso escritor, á quien se complacía en convertir en niño confiado, sencillo y casi tonto mientras estaba á su lado. Pero también ella tenía sus luchas consigo misma, y entonces le era imposible no admirar tanta grandeza mezclada con tanta inocencia. Este juego de gran coqueta la iba uniendo insensiblemente á su esclavo. Por fin, Diana se impacientó contra aquel Epicteto amoroso, y cuando le creyó dispuesto á la mayor credulidad se dispuso á cubrirle los ojos con una espesa venda. Una noche Daniel encontró á la princesa pensativa, con un codo apoyado en una mesita y su hermosa cabeza rubia bañada de luz por la lámpara. Diana jugueteaba con una carta que tenía sobre la mesa. Cuando Arthez hubo visto aquel papel, ella lo dobló y se lo puso en la cintura.

—¿Qué tiene usted?—le dijo Arthez.—Parece que está intranquila.

—He recibido una carta del señor de Cadiñán—respondió ella,—y por graves que sean las faltas que ha cometido conmigo, después de haber leído su carta he pensado que está desterrado y separado de su hijo, á quien tanto quiere.

Estas palabras pronunciadas con aparente sinceridad, revelaban una sensibilidad angelical. Arthez se sintió sumamente conmovido. La curiosidad del amante se convirtió por decirlo así en curiosidad psicológica literaria y quiso saber hasta qué punto era grande aquella mujer, qué injurias se disponía á perdonar y cómo podían ser ángeles ciertas mujeres tildadas de frívolas, de descorazonadas y de egoístas. Recordando

que había sido rechazado cuando había querido conocer á aquel corazón celestial, se sintió un tanto conmovido y su voz adquirió un cierto temblor al tomar la mano transparente, fina y delicada de Diana y preguntarle:

—¿Somos ya bastante amigos para que pueda yo saber lo que usted ha sufrido? Sus antiguas penas deben influir indudablemente en su actual meditación.

—Sí—dijo ella pronunciando esta sílaba como la nota más dulce que jamás haya podido producir la flauta de Tulou.

Después volvió á caer en profunda meditación y sus ojos se velaron. Daniel esperó aquellas revelaciones lleno de ansiedad y penetrado de la solemnidad del momento; su imaginación de poeta le hacía ver una especie de nubes que se disipaban lentamente, descubriéndole el santuario en que iba á ver á los pies de Dios al cordero herido.

—Bueno?—le dijo él con tranquila y cariñosa voz.

Diana miró al cariñoso solicitante y después bajó los ojos lentamente de un modo que denotaba el más noble pudor. Sólo un monstruo hubiera sido capaz de imaginar hipocresía en la graciosa ondulación con que la maliciosa princesa levantó su bonita cabeza para sumir aún una mirada en los ojos ávidos de aquel gran hombre.

—¿Puedo? ¿debo?—dijo ella haciendo un gesto de duda y mirando á Arthez con sublime expresión de soñadora ternura.—¿Tienen tan poca fe los hombres en esta clase de cosas! se creen tan poco obligados á ser discretos!

—¡Ah! si desconfía usted de mí, ¿por qué estoy aquí?—exclamó Arthez.

—¡Eh! amigo mío—le respondió ella dándole á su exclamación la gracia de una confesión involuntaria.—Cuando se une á otro para siempre, ¿calcula acaso una mujer? No se trata de mi negativa (¿qué puedo yo negarle?) sino de la idea que tendrá usted de mí si hablo. Le confiaría á usted la extraña situación en que me hallo á mi edad. Pero ¿qué pensaría usted de una mujer que descubriese las llagas secretas del matrimonio y revelase los secretos de otro? Turenne cumplía su palabra á los ladrones; ¿no debo yo á mis verdugos la probidad de Turenne?

—¿Ha dado usted su palabra á alguien?

—El señor de Cadiñán no ha creído necesario exigirme el secreto. ¿Quiere usted pues, algo más que mi alma? ¡Tirano! ¿quiere, pues, que yo sepulte en usted mi probidad?—añadió

dirigiendo á Arthez una mirada con la cual dió más valor á esta confidencia que á toda su persona.

—Debe usted tenerme por hombre muy vulgar si teme el menor mal de mí,—dijo Arthez con mal disimulada amargura.

—¡Perdón, amigo mío!—le respondió ella, tomándole una mano, mirándose y acariciándose, estirándole los dedos con cariñosa suavidad.—Ya sé todo lo que usted vale. Usted me ha contado toda su vida, que es hermosa, sublime, noble, digna de su nombre. Tal vez le deba yo á usted en cambio el secreto de la mía. Pero en este momento temo desmerecer á sus ojos contándole secretos que no me pertenecen exclusivamente. Además, temo que usted, hombre sumido en la soledad y en el estudio, no dé crédito acaso á los errores del mundo. ¡Ah! ustedes no saben que cuando inventan dramas, muchas veces éstos no llegan ni con mucho á los que se desarrollan en el seno de las familias unidas aparentemente; ustedes ignoran la extensión de ciertos infortunios ocultos.

—Lo sé todo—exclamó él.

—No, usted no sabe nada. ¿Debe una hija delatar nunca á su madre?

Al oír esta frase, Arthez se encontró como hombre extraviado en los Alpes durante una noche oscura y que á los primeros resplandores del amanecer nota que llega al borde de un precipicio sin fondo. El literato, que parecía sentir frío en la espalda, miró á la princesa con asombro. Diana creyó que aquel hombre de genio era un espíritu débil, pero notó un brillo en sus ojos que la tranquilizó.

—En fin, casi se ha convertido usted para mí en un juez—le dijo ella con desesperación—y por lo tanto puedo hablar en virtud del derecho que tiene todo ser calumniado á demostrar su inocencia. Yo he sido y soy aún, si es que alguien se acuerda de una pobre reclusa obligada por el mundo á renunciar al mundo, yo soy acusada de tanta ligereza y de tanta perversidad, que puede permitírseme sincerarme á los ojos del corazón donde hay un asilo del que no será nunca arrojada. Siempre he visto en la justificación un duro ataque dirigido á la inocencia, y por eso no me creía obligada á hablar. Además, ¿á quién podía dirigir la palabra? Estas cosas crueles solo deben confiarse á Dios, á alguien que nos parezca muy próximo á él, ó á otra persona que nos

inspire la confianza que se inspira uno mismo. Ahora bien, si sus secretos no han de estar aquí—dijo colocando la mano sobre el corazón de Arthez,—como están aquí—añadió señalando su pecho,—usted no será el gran Arthez y yo habré sido engañada.

Una lágrima humedeció los ojos de Arthez, y Diana notó esta lágrima dirigiéndole una mirada de soslayo que no hizo vacilar sus párpados ni sus pupilas. Este movimiento fué rápido é imperceptible como el de una gata cuando caza un ratón. Después de sesenta días de conversación, Arthez se atrevió por primera vez á tomar aquella mano suave y perfumada para llevársela á los labios y depositar en ella un beso prolongado desde la muñeca hasta las uñas con tan delicada voluptuosidad, que la princesa inclinó la cabeza y pensó que los hombres de genio debían amar con más perfección que los fatuos, que los diplomáticos y hasta que los militares, á pesar de no tener éstos otra cosa que hacer. Diana era entendida en la materia y sabía que el carácter amoroso se denotaba en cierto modo por medio de insignificancias. Una mujer instruida puede leer su porvenir en un sencillo gesto, como Cuvier sabía decir, viendo el fragmento de una pata: «Esto pertenece á un animal de tal dimensión, con ó sin cuernos, carnívoro, hervívoro, anfibio, etc., de tantos miles de años de edad». Segura de encontrar en Arthez tanta imaginación en amor como empleaba en su estilo, juzgó necesario hacerle llegar al más alto grado de la pasión y la creencia, y retiró vivamente su mano haciendo un movimiento lleno de emociones. Si le hubiese dicho: «Acabe, va usted á hacerme morir», hubiese hablado con menos energía. Diana permaneció un instante con los ojos fijos en los de Arthez, expresando á la vez felicidad, gazmoñería, temor, confianza, languidez, vagos deseos y un temor de virgen. En aquel momento no tuvo más que veinte años. Pero tened en cuenta que se había preparado para aquella hora de cómica mentira con un arte inaudito en su tocado y que estaba en su sofá como una flor que ya á abrir sus pétalos al primer rayo de sol. Falsa ó sincera, lo cierto es que embriagaba á Daniel. Si se nos permite arriesgarnos á dar una opinión individual, confesamos que sería delicioso verse engañado de este modo mucho tiempo. Indudablemente que Talma en las tablas ha superado muchas veces á la naturaleza; pero ¿no era la princesa de Cadiñán la mejor cómica de aquel tiempo? Sólo le

faltaba á esta mujer un auditorio atento. Desgraciadamente, en las épocas trastornadas por las tormentas políticas las mujeres desaparecen como los lirios de las aguas, los cuales, para florecer y ostentarse á nuestra vista, necesitan un cielo puro y los más tímidos céfiros.

La hora había llegado, y Diana iba á apresar á aquel gran hombre en los inextricables lazos de una novela preparada de antemano, novela que Arthez iba á escuchar con la fe cristiana con que escuchaba un neófito de los primeros tiempos la epístola de un apóstol.

—Amigo mío, mi madre, que vive aun en Uxelles, me casó el año 1814, cuando yo contaba diez y siete años (ya ve usted que soy muy vieja) con el señor de Maufrigneuse, no por amor á mí, sino por amor á él, pues le pagaba así al único hombre que había amado toda la dicha que de él había recibido. ¡Oh! no se asombre usted de esa horrible combinación, porque es muy frecuente. Muchas mujeres son más amantes que madres, del mismo modo que la mayor parte son mejores madres que buenas mujeres. Estos dos sentimientos, el amor y la maternidad, desarrollados como lo están por nuestras costumbres, luchan á veces en el corazón de las mujeres, y cuando no son de gran fuerza tiene que sucumbir uno de ellos. Un hombre de genio tiene que comprender estas cosas que asombran á los tontos, pero que no por eso son menos ciertas, y que tienen su justificación en la diferencia de caracteres, de temperamentos, de afectos y de situaciones. Yo, por ejemplo, en este momento, después de veinte años de desgracias, de decepciones, de calumnias, de disgustos y de insípidos placeres, ¿no he de estar expuesta á prosternarme á los pies de un hombre que me amase sinceramente y para siempre? Y sin embargo ¿no sería condenada por el mundo? ¡Veinte años de sufrimientos, no excusarían una docena de años que me restan aún de belleza, dedicados á un amor santo y puro? Esto no será, pues no soy tan tonta para disminuir mis méritos á los ojos de Dios. He soportado hasta el obscurecer de mi vida las fatigas y el calor del día y acabaré así mi jornada obteniendo mi recompensa.

—¡Qué ángel! —pensó Daniel.

—En fin, yo nunca he tenido el menor resentimiento con la duquesa de Uxelles porque ésta amase más al señor Maufrigneuse que á mí. Mi madre me había visto muy poco, me había olvidado; pero se portó mal conmigo como mujer, y

lo que está mal de mujer á mujer, pasa á ser horrible entre madre é hija. Las madres que hacen una vida como la de la duquesa de Uxelles suelen tener á sus hijas lejos de sí; de modo que yo comencé á frecuentar el mundo quince días antes de mi matrimonio. Ya comprenderá usted cual sería mi inocencia. Como no sabía nada, era incapaz de adivinar el secreto de mi matrimonio. Contaba con una hermosa fortuna de sesenta mil francos en bosques que la revolución se había olvidado de vender, y además con mi castillo de Anzy. El señor de Maufrigneuse estaba plagado de deudas. Si más tarde supe lo que era tener deudas, entonces desconocía demasiado la vida para sospecharlo. Las economías hechas con mi fortuna sirvieron para arreglar los negocios de mi marido. El señor de Maufrigneuse tenía treinta y ocho años cuando yo me casé con él, pero sus años tenían que contarse dobles como en los de las campañas militares. ¡Ah! en realidad tenía más de setenta y dos. A los cuarenta años, mi madre tenía aún pretensiones, y yo me encontré víctima de dos celos. ¿Qué vida llevé durante diez años? ¡Ah! si se supiese lo que sufría esta pobre mujercita tan calumniada! Vivir con una madre celosa de su hija. ¡Dios mío! Ustedes que hacen dramas, no inventarán nunca uno tan negro y tan cruel como éste. Por lo poco que yo sé de literatura, generalmente un drama es una serie de acciones que preparan una catástrofe; pero esta que yo le relato á usted es una serie de catástrofes, es la avalancha que le aplasta á una por la mañana, por la tarde y por la noche, y que le volverá á aplastar al día siguiente. Siento frío en este momento que hablo de aquello haciéndole ver la fría y sombría caverna en que he vivido. Si he de decirlo todo, el nacimiento de mi hijo, que es en un todo como yo (ya ha debido usted notar su semejanza conmigo: son mis mismos cabellos, mis ojos, mi cara, mi frente, mi sonrisa, mi boca, mi barba, mis dientes...) En fin, el nacimiento de mi hijo es una casualidad; el resultado de un convenio entre mi madre y mi marido. Después de mi matrimonio yo seguí siendo soltera mucho tiempo, abandonada casi al día siguiente, madre sin ser mujer. La duquesa se complacía en prolongar mi ignorancia, y para lograr este objeto, una madre tiene siempre horribles ventajas sobre su hija. Yo, pobre de mí, educada en un convento como una rosa mística, ignorante del matrimonio, me consideraba muy feliz y gozaba con la buena